

MENSAJES, ENTORNOS Y ANOMALÍAS

1. La incertidumbre del entorno.-

1.1 Idea de entorno.-

La idea de acontecimiento y la de entorno son complementarias. Hablar de acontecimientos es hablar de hechos segregados de una circunstancia. Un sistema no es otra cosa que un acontecimiento especialmente complejo, un conjunto de hechos (= de sucesos) organizados de cierta manera. Todos los sistemas tienen sus entornos propios. En un sentido amplio, el entorno está constituido por todo lo que es contiguo al sistema que no sea interno a ese sistema. Ocurre que determinados elementos del entorno de un sistema pueden corresponderse regularmente con manifestaciones diferenciadas de ese sistema. Así por ejemplo, los fotones de luz de una habitación no forman parte del ojo y, por tanto, forman parte de su entorno. Pero es sabido que la pupila se contrae o se dilata según la cantidad de luz que le llega. Por tanto, distintos elementos del entorno del ojo, como son las distintas intensidades de luz, se corresponden con manifestaciones o estados diferenciados del sistema (la contracción o dilatación de las pupilas). Estos elementos para los que un sistema adopta manifestaciones específicas representan entonces *acontecimientos* diferenciados por (o diferenciables mediante) ese sistema. Esta característica de los sistemas de manifestarse mediante configuraciones diferenciadas que se corresponden de manera regular con ciertos elementos de su entorno es lo que llamamos *adaptación* o *adecuación* del sistema. El conjunto de elementos externos a un sistema que representan acontecimientos diferenciables o diferenciados por ese sistema constituyen el entorno para el que ese sistema está adaptado. Esto es lo que quiere decir que el ojo humano se adapta a las distintas intensidades de luz: desde el momento en que distintas cantidades de luz se corresponden regularmente con configuraciones diferenciadas del ojo, tales intensidades de luz constituyen acontecimientos diferenciados por el sistema ocular. A partir de ciertas intensidades de luz, el ojo deja de variar de configuración aunque varíe la cantidad de fotones. Si hay un cierto grado de oscuridad, el ojo deja de reaccionar aunque pueda variar aún la intensidad de luz. Las oscilaciones de intensidad que se puedan producir por debajo de cierto umbral dejan de ser acontecimientos en correspondencia con

manifestaciones diferenciadas del sistema ocular: ese es el tipo de entornos a los que el ojo humano *no se adapta*. Comprender un sistema supone necesariamente comprender el tipo de entornos para los que resulta adaptado y las condiciones que le permiten adaptarse a ellos. Los fabricantes de automóviles incluyen en cada vehículo una serie de elementos que permiten al conductor adaptar su actividad a algunos de los sucesos que constituyen el entorno de la conducción: la circunstancia de que la carretera no sea recta y que haya que desviar el vehículo a la derecha o a la izquierda, el hecho de que falte la luz solar o el hecho de que haya niebla, por ejemplo, son sucesos que se pueden dar en el entorno y para los que el coche resulta un sistema adecuado. Sin embargo, el vehículo no está construido para adaptarse a otros entornos: no hay previsto ningún mecanismo para que un coche pueda hacer algo especial cuando hay una tienda de ultramarinos al borde de la carretera¹.

Si el número de elementos del entorno que representan acontecimientos para el sistema es reducido, es reducido también el número de entornos a los que el sistema es capaz de adaptarse. Si ese número se reduce a cero, el sistema se diluye en el entorno y desaparece como tal sistema.

Los sistemas pueden, por tanto, adaptarse a un número determinado de entornos, pero su adecuación a esos entornos puede ser desigual. El ojo humano puede adaptarse a distintas intensidades de luz, pero no en todos los casos con la misma eficacia. La cantidad de acontecimientos que es capaz de diferenciar con luz abundante es sensiblemente mayor que la que puede diferenciar con poca luz. El ojo de un gato, por el contrario, se adapta con más éxito a los distintos grados de luminosidad: la *autonomía* del ojo del gato con respecto a *cada* entorno es mayor y por eso son más los entornos a los que es capaz de adaptarse.

En el caso del lenguaje, el conjunto de sucesos para los que el sistema lingüístico resulta una herramienta *adecuada* está constituido por el total de experiencias que un hablante puede comunicar a otro en un acto de habla concreto con un error tolerable (el error, que en mayor o menor medida se produce siempre, es la diferencia entre lo que el receptor interpreta y el sentido que el emisor dio a su mensaje). No se adaptará un sistema lingüístico a un entorno ninguno de cuyos elementos componentes sea común en la

¹ Sobre estas cuestiones ver Bertalanffy, L. von: *Teoría general de los sistemas*, Fondo de Cultura Económica, 1976; Monod, J.: *El azar y la necesidad*, Tusquets, 1984; Wagensberg, J.: *Ideas sobre la complejidad del mundo*, Tusquets, 1985; Wiener, N.: *Cibernética*, Tusquets, 1985.

experiencia de los dos interlocutores (como el ojo no se adapta a un entorno de oscuridad absoluta): un emisor no encontraría recursos suficientes en su lengua para comunicar a su receptor un hecho absolutamente irreconstruible desde la experiencia vital de ese receptor (se trata, por supuesto, de un caso hipotético; la cercanía cultural de los hablantes de una misma lengua hace difícil que se dé una circunstancia así). Un mensaje es adecuado para un entorno si en ese entorno puede ser interpretado con un error admisible. Como en el caso de cualquier otro sistema, una lengua puede ofrecer al hablante mayores o menores posibilidades de adecuación de su mensaje, dependiendo del entorno en que se emita. En unos entornos son interpretables más mensajes que en otros, dependiendo de que la comunidad de experiencias entre emisor y receptor sea mayor o menor: en un diálogo entre dos sujetos que comparten las mismas percepciones (es decir, que están en presencia física uno de otro) el entorno es más favorable que en una conversación telefónica entre esos dos mismos sujetos. La lengua es un sistema que puede adoptar un número indefinido de configuraciones diferenciadas (es decir, que puede manifestarse en un número indefinido de mensajes) en cualquiera de las dos situaciones que acabamos de citar, pero el número de mensajes interpretables (es decir, adecuados) es mayor en un caso que en otro: *mira esto* sería un enunciado interpretable en la primera situación, pero difícilmente en la segunda. Los entornos son más o menos favorables dependiendo de la *incertidumbre* que les sea propia (como veremos a continuación). La mayor o menor incertidumbre de un entorno hace que las expectativas que el receptor tiene sobre lo que se le va a decir sean mayores o menores. En determinadas circunstancias el receptor tiene unas expectativas acerca de lo que le puede decir el emisor y en otras ocasiones carece de tales expectativas. Cuando un cliente se dirige a un camarero en el mostrador de una cafetería, el camarero tiene muy poca incertidumbre sobre el mensaje que se le va a transmitir. Un mensaje como "Madrid es la capital de España", por ejemplo, sería muy poco probable; sólo unos pocos mensajes son razonablemente esperables en esa situación. Cuando abrimos un libro de ensayo, sin embargo, nuestra incertidumbre acerca de lo que se nos va a decir en ese libro es considerablemente mayor.

La menor o mayor incertidumbre es, pues, la característica del entorno que hace más o menos fácil la adecuación de un mensaje. Por su parte, la característica de los mensajes que los hace más o menos adaptables a un entorno determinado es la *autonomía* que tengan con respecto a ese entorno. Para que un emisor pueda comunicarse con un receptor, es preciso que el primero haga llegar al segundo un elemento sensible de manera que la asociación regular y arbitraria de ese elemento sensible con un segmento de la

experiencia de los dos interlocutores *añada* algo a la situación en que se encuentran esos interlocutores. Un mensaje (lingüístico o de otro tipo) ha de ser, entonces, antes que nada, un añadido a una situación. Para que un mensaje sea un añadido a una situación el número de mensajes compatibles con (= interpretables en) esa situación ha de ser como mínimo de dos. Si sólo fuera interpretable un mensaje en un contexto determinado, el mensaje sería un acontecimiento íntegramente implicado en la situación, vale decir, técnicamente no habría mensaje: un mensaje ha de ser algo *distinto* de la situación en que se transmite, pues, en caso contrario, no sería un mensaje sino un elemento más de esa situación. Por eso, es definitoria de la idea misma de mensaje una cierta *autonomía* con respecto al contexto. Cuantos más mensajes sean compatibles con un entorno, más autonomía tiene cada mensaje con respecto a ese entorno: son más los acontecimientos excluidos por la actualización de un mensaje. En la medida en que un mensaje gana autonomía con respecto a la situación en que se enuncia, crece el número de situaciones en que ese mensaje es interpretable. Si un código dispone de recursos para manifestarse en mensajes fuertemente autónomos con respecto a la situación, será amplio el número de mensajes interpretables en *cada* contexto de enunciación. Decir entonces que un mensaje es altamente autónomo con respecto al entorno es lo mismo que decir que ese mensaje es interpretable en muchos entornos; o, en otros términos, que es adecuado para entornos *inciertos*.

Esta autonomía depende de la *complejidad* del mensaje, que a su vez viene dada por dos factores: su grado de organización (un enunciado compuesto por un verbo y una serie de sintagmas vinculados con él mediante distintos tipos de dependencias, por ejemplo, tiene más organización que una frase no verbal); y su grado de explicitud semántica (*mesa* es más explícito que *cosa*). La complejidad de la manifestación del sistema (es decir, la complejidad del mensaje) y la incertidumbre del entorno son hechos correlativos. Cuanto mayor sea la incertidumbre del entorno mayor ha de ser la complejidad del mensaje para que la lengua se adapte convenientemente a ese entorno.

1.2 Factores de incertidumbre.-

1.2.1 Hay dos factores evidentes que aumentan la incertidumbre de un entorno.

En primer lugar, el número de hechos que integren ese entorno. Tanto si abrimos un libro como si miramos un semáforo estamos interpretando mensajes, pero sabemos que son más las cosas que se nos pueden decir en un libro que las que nos puede decir un semáforo.

Cuando leemos un libro, por tanto, nos llegan los mensajes en un entorno más incierto. De la misma manera que sería más incierto el resultado de lanzar un dado al aire que el de lanzar una moneda: en el primer caso hay más acontecimientos posibles.

En segundo lugar, además del número de sucesos que compongan un entorno, aumenta la incertidumbre en la medida en que sea homogénea la probabilidad de esos sucesos. Si un semáforo tuviera las señales roja, verde y ámbar encendidas exactamente el mismo tiempo cada una, la incertidumbre que generaría ese semáforo sería notablemente mayor que la de otro semáforo que tuviera la misma cantidad de señales, pero en el que la señal roja estuviera encendida el 80% del tiempo; en este segundo caso hay siempre una expectativa, desde el momento en que se sabe que un suceso es más probable que los demás. Pues bien, los entornos de los mensajes lingüísticos son tanto más inciertos cuanto más equiprobables sean los hechos de los que el emisor puede hablar al receptor, o lo que es lo mismo, cuanto menores sean las expectativas que tenga el receptor sobre lo que puede decirle el emisor. Si un comerciante al que acabamos de darle una moneda de alto valor nos pregunta si tenemos *cambio*, interpretamos inmediatamente *cambio* como 'moneda de bajo valor' y no como 'cierta maniobra de conductor', por ejemplo. Hacemos esto porque atribuimos a la primera referencia una probabilidad mucho más alta que a la segunda y decimos que es más probable "por el contexto" en que se enuncia. En un contexto menos explícito podría ser equívoca la expresión (por ejemplo, si en las cercanías hubiera una motocicleta de baja cilindrada). En la situación que estamos considerando podríamos hablar con el comerciante de cualquier cosa; nuestra lengua nos permite que sea infinito el número de mensajes que le podemos hacer llegar. Pero la probabilidad de todos los hechos de los que podemos hablar no es, ciertamente, homogénea. Ciertos temas tienen una expectativa mayor que otros. Esto es lo que define a un entorno de poca incertidumbre. Cuando decimos que un mensaje se emite en un contexto explícito, rico en detalles, queremos decir que se emite en un entorno en el que la probabilidad de los hechos de los que se puede hablar es muy desigual. En una secuencia como *alcánzame aquello*, el demostrativo puede ser interpretado sin error como haciendo referencia a un cenicero sólo en un entorno en el que el cenicero sea un motivo de comentario más probable que un bolígrafo, por ejemplo. Si en ese entorno, las dos realidades son igual de probables como elementos comunicables, inevitablemente el emisor deberá ser más explícito (= deberá emitir un mensaje más complejo), pues de otro modo su mensaje resultará inadecuado para el entorno en que se pronuncia.

1.2.2 La proximidad cultural y personal de dos hablantes es un factor que elimina incertidumbre en el entorno. Indudablemente, dos personas que, por amistad u otros factores, tienen muchas experiencias en común pueden comunicarse entre sí con multitud de sobreentendidos y expresiones indeterminadas que sean difíciles de interpretar para alguien ajeno al círculo. A medida que crece el número y heterogeneidad de receptores para los que debe ser interpretable un mensaje aumenta la incertidumbre del entorno de ese mensaje. El área de nuestra experiencia que tenemos en común con un interlocutor lo podemos imaginar como un círculo. Todo lo comprendido en ese círculo tiene más probabilidad de ser referido en un acto de habla que cualquiera de las circunstancias no incluidas en él; para hablar de cualquier elemento no incluido en ese círculo de manera que ese interlocutor nos entienda debemos ser, sin duda, más explícitos que cuando hacemos referencia a algo situado dentro de él. Si nos escucha un segundo interlocutor (al mismo tiempo que el primero) y si imaginamos como otro círculo el área de la realidad que tenemos en común con él, será la intersección de los dos círculos lo que constituya el conjunto de elementos que tenemos en común con los dos interlocutores con los que queremos comunicarnos. En la práctica es como si hablásemos con una persona con la que tenemos menos cosas en común. Para ser entendidos por los dos inevitablemente nuestros mensajes tienen que adaptarse a un entorno más incierto que cuando hablábamos con uno. Lo que reduce la incertidumbre de un entorno son las expectativas que tiene el receptor sobre lo que es más probable que se le diga (en un banco sabemos que es más probable que se hable de dinero que de los juicios sintéticos). El emisor siempre parte de las expectativas que le supone a su interlocutor y trata de ser más explícito a medida que esas expectativas (cree que) son menores o cree que se apartan de lo que realmente quiere decir él. Pero cuando son varios los interlocutores las expectativas de las que debe partir el emisor son la intersección de las expectativas que cada uno de los receptores tendría por separado. Por tanto, debe emitir su mensaje partiendo de un conjunto menor de expectativas previas de los interlocutores, es decir, si aspira a que le entiendan todos los interlocutores, debe comprender que la incertidumbre del entorno es ahora mayor y que la probabilidad de todos los elementos de los que puede hablar es ahora más homogénea.

Evidentemente, no es exactamente el número de interlocutores lo que hace aumentar la incertidumbre del entorno sino la heterogeneidad. En condiciones normales, un profesor puede dar una clase de la misma manera a 60 alumnos que a 80. El aumento de alumnos, dentro de unos márgenes, no hace que aumente la incertidumbre porque, en un

aula, son homogéneos como receptores. Es la heterogeneidad lo que sí hace aumentar la incertidumbre, pero, lógicamente, la heterogeneidad es fácil que crezca con el número.

1.3 La redundancia del mensaje con el entorno.-

1.3.1 Hay que tener en cuenta que ningún entorno es totalmente incierto. No hay ninguna situación en la que sea igualmente probable cualquiera de las cosas que podemos decir mediante una lengua natural. Con una lengua natural podemos hacer referencia en *cada* entorno a un infinito de experiencias. Si todas las experiencias referibles fueran en algún entorno igualmente probables como motivo de comentario, en ese entorno sería imposible emitir un mensaje suficientemente explícito: tendría que ser infinitamente largo para lograr que el receptor discrimine la experiencia en cuestión entre infinitas posibles. Sólo es imaginable un entorno con el máximo de incertidumbre (es decir, un entorno en el que la probabilidad de los sucesos sea absolutamente homogénea) cuando el mensaje se cifra en un código capaz de generar un número finito de secuencias. Sería, por ejemplo, el caso del semáforo cuyos tres mensajes posibles son igualmente probables. Pero en el caso de una lengua natural, desde el momento en que son infinitos los mensajes posibles, la incertidumbre del entorno no puede ser absoluta, sino que los entornos deben tener cierto grado de redundancia.

La redundancia se produce cuando el conjunto de acontecimientos posibles que componen una incertidumbre no son igualmente probables. En el caso del semáforo cuya señal roja estaba encendida un 80% del tiempo, la incertidumbre que nos despeja la señal roja es menor que la que nos despeja esa misma señal en un semáforo en el que las tres señales estén encendidas el mismo tiempo. Elimina menos incertidumbre y, en esa medida, pierde información, precisamente porque es más esperable que las demás. Si restamos la información que transmitiría esa señal si la incertidumbre fuera absoluta (= si las tres fueran equiprobables) de la información que de hecho transmite obtenemos la información que se pierde por su "exceso de aparición"; el porcentaje que representa esta cantidad con respecto a la información que transmitiría si la incertidumbre fuera absoluta (el minuendo de la anterior resta) es la medida de la redundancia. El conductor que conozca ese semáforo sabe, antes de llegar a él, que muy probablemente estará en rojo, pero no está totalmente seguro. Supongamos que el semáforo, efectivamente, está en rojo. La medida en que la

señal roja le disipa la falta de certeza que aún tenía es la información de esa señal; la medida en que la misma señal confirma lo que ya se sospechaba es su redundancia².

1.3.2 Cuando hablamos de entornos inciertos y de entornos de poca incertidumbre estamos hablando, por tanto, en términos relativos. Los entornos inciertos son relativamente inciertos; en ellos la probabilidad de las experiencias que podemos comunicar es sólo relativamente homogénea, no absolutamente homogénea. Cualquier experiencia que logremos hacer entender a un interlocutor es siempre parcialmente redundante con el entorno.

Recuérdese que la redundancia es la consecuencia de que los distintos sucesos posibles no sean igualmente probables. Si la pregunta ¿tiene cambio? puede ser interpretada sin error en una tienda es porque las distintas referencias posibles de cambio no tienen la misma probabilidad y, por tanto, porque hay cierta redundancia.

Pero puede ocurrir que la referencia que efectuemos sea poco redundante con el entorno. Esto sucede siempre que esa referencia esté fuera del círculo de hechos sobre los que la expectativa del receptor es alta; es decir, siempre que sea poco esperable para el receptor (y así debe suponerlo el emisor antes de emitir su mensaje). Esta poca expectativa (= poca redundancia) que el emisor puede suponer que su interlocutor tiene sobre lo que va a decir puede deberse a varias razones (que en el fondo son la misma) fácilmente deducibles de lo que llevamos dicho.

La primera de ellas es simplemente que se emita el mensaje en un entorno altamente incierto. Esto es lo que ocurre cuando tenemos que hacer llegar a uno o varios receptores un mensaje y el contexto es poco explícito y no nos permite utilizar expresiones vagas ni sobreentendidos.

En segundo lugar, puede suceder que se emita el mensaje en un entorno en el que ciertas referencias son más probables que otras (un entorno, por tanto, de poca incertidumbre), pero que precisamente lo que se desea transmitir es una de las experiencias poco probables en esa situación. Es lo que ocurre si en un banco tenemos que utilizar el signo *cambio* justamente para hacer referencia a una maniobra de conductor.

² Ver Gleason, H.A.: *Introducción a la lingüística descriptiva*, Gredos, 1975, pp. 517 y ss.; Malmberg, B.: *Lingüística estructural y comunicación humana*, Gredos, pp. 58 y ss.; Wiener, N.: *Cibernética*, Tusquets, 1985.

En tercer lugar, puede ocurrir que lo que queremos explicitar en nuestro mensaje sea, como conjunto, una experiencia poco frecuente (y poco esperable) por incluir muchos detalles. Este sería el caso si queremos hacer llegar a nuestro interlocutor el hecho de que un hombre llamado Alfonso perdió su carnet de identidad en el parque de la ciudad probablemente de madrugada. Es difícil imaginar un entorno en el que esta experiencia, con todos sus detalles, sea altamente redundante, es decir, que forme parte de las experiencias con más probabilidad de ser referidas.

Parte de lo que estamos diciendo puede resultar impreciso. Cuando hablamos de las referencias que son más o menos probables en cierto tipo de situaciones puede parecer que nos imaginamos las referencias de los mensajes como formando una especie de catálogo previo a la actividad lingüística, como si lo que hiciera el hablante con su mensaje fuera señalar una de las piezas de ese catálogo. En realidad la referencia no existe antes del mensaje. Con su actividad lingüística los hablantes manipulan la realidad exterior y la referencia en sí la crea el emisor con los signos. Pero esa creación es en parte re-creación de elementos dados antes de la actividad simbólica (que son justamente los que forman el entorno de esa actividad). De esos elementos a partir de los cuales el hablante modela y recrea nuevas realidades es de los que decimos que son más o menos probables. Si en cada referencia no hubiera implicados elementos previos, obviamente lo dicho en un mensaje sería ininteligible y no se podría transmitir.

Todos estos casos se reducen, como decíamos, a lo mismo. Se trata de hacer llegar al interlocutor una experiencia poco redundante con el entorno en que se transmite el mensaje (aunque sean imaginables otros entornos redundantes para esas mismas experiencias). En cualquier caso, para que los mensajes sean adecuados al entorno debe haber siempre una proporción entre la incertidumbre del entorno y la complejidad de los mensajes.

2. La "complejidad" de los mensajes y la incertidumbre del entorno.-

2.1 Idea de complejidad.-

El término "complejidad" encierra dos factores: gasto y organización. La relación entre complejidad de un sistema e incertidumbre de su entorno se puede comprobar en múltiples experiencias. Supongamos que necesitamos hablar con un profesor del que sabemos que da una clase en el aula H que acaba a las doce. Para conseguir el objetivo de encontrarnos con él basta una persona que lo espere en el punto y momento adecuado.

Imaginemos que lo que sabemos de él es que a las doce sale del aula H o del aula G. Aquí los sucesos posibles son ya dos y, por tanto, aumentó la incertidumbre del entorno al que debe adaptarse nuestro sistema de "buscadores". Ahora necesitamos aumentar el gasto: serán ya necesarias dos personas para lograr el mismo objetivo. Si fueran tres las opciones posibles, habría que incrementar el gasto de manera proporcional. Pero puede ocurrir que la incertidumbre aumente de tal manera que no sea suficiente con aumentar proporcionalmente el gasto. Si la información que tenemos de la persona a la que buscamos es que en alguna hora de la mañana estará en algún punto del norte de la Península procedente de Madrid, la incertidumbre del entorno para el que debe resultar adecuado nuestro sistema es tal que será necesario incrementar la complejidad de ese sistema, no sólo aumentando el gasto, sino *organizándolo*. Esto supone atribuir funciones diversas a elementos diversos (por tanto, escindir el material que venimos llamando gasto en *partes* funcionalmente diferenciadas). Normalmente la distribución de funciones no ocurrirá por azar, sino porque un elemento del grupo asuma una función dominante y organice al resto: es propio de la organización la *jerarquización*, el hecho de que la repercusión en el conjunto de determinadas partes sea mayor que la de otras. Es importante retener que para que se organice el grupo de personas que constituyen el gasto que estamos haciendo para localizar a otra no toda la actividad del grupo se orienta *directamente* al objetivo de buscar a la persona en cuestión. La actividad de ciertas personas se orienta a jerarquizar el grupo: una parte de la actividad del grupo, por tanto, se invierte en configurar al propio grupo de búsqueda. Es otra característica de la organización el hecho de que una parte del gasto se invierte en la conformación del propio gasto. De esta manera se logra que el grupo no se reduzca a una serie de individuos que intenta cada uno *toda* una tarea para la que, uno a uno, son insuficientes. Organizados, forman *un* cuerpo complejo que sí puede ser suficiente para lograr el objetivo. Ahora no tiene cada individuo como objetivo *toda* la tarea, sino una pequeña parte del cometido total. A esta situación se llegó escindiendo el objetivo final en pequeños objetivos previos y asignando a cada elemento una función específica acorde con esos objetivos previos.

En el caso de los mensajes lingüísticos, aumentar el gasto significa aumentar el número de unidades en un mensaje. Se aumenta el gasto (y, por tanto, la complejidad) de un mensaje aumentando el número de signos componentes; pero también aumentando la *concreción semántica* de esos signos. Es mayor el gasto en *ya terminé el pan* que en *ya terminé*, pero también es mayor en *ya lo comí* que en *ya lo hice*. En el primer caso hay más signos y en el segundo hay más paradigmas de contenido manifestados. El signo *hacer* es

más indeterminado que el signo *comer* (hablaremos de la indeterminación más adelante). La indeterminación viene dada por el número de situaciones designables mediante un signo: cuanto mayor sea este número, mayor es la indeterminación (son más las situaciones a las que puede aludir *hacer* que *comer*). En términos generales, podemos decir que es mayor la indeterminación cuanto menor es el número de componentes semánticos del significado y mayor la concreción cuanto mayor el número de componentes. Son más los componentes de *comer* que de *hacer* (como son más los componentes de *mesa* que de *mueble*), y por tanto, hay más unidades semánticas (= más gasto) en el primero que en el segundo.

Los mecanismos que *organizan* un mensaje forman en conjunto lo que llamamos la estructura gramatical de ese mensaje. Una parte del gasto que un hablante hace en un enunciado se destina a conformar el propio gasto: no todos los elementos del mensaje aluden a la realidad exterior (objetivo último), sino que una parte de ellos marcan concordancias, recciones, determinaciones, etc., es decir, una parte de ellos modelan jerárquicamente el conjunto.

La concreción semántica y número de signos manifestados, por un lado, y la organización gramatical, por otro, son los dos factores que inciden en la *complejidad* de un mensaje. La complejidad de un sistema debe ser proporcional a la incertidumbre del entorno para estar adaptado a ese entorno. En el caso de la búsqueda del profesor del que sólo sabemos que está en el norte, un sistema compuesto por dos personas resultaría inadecuado por la desproporción que hay entre la incertidumbre del entorno y la complejidad del sistema. Serían muchos los sucesos del entorno (= muchos los movimientos del profesor) no "detectados" por el sistema (que no produjeran reacción correlativa en el sistema) y, por tanto, según lo dicho, sería grande la desadaptación del sistema. De la misma manera, la secuencia *fijate en este color* sería inadecuada en una conversación telefónica. La complejidad del mensaje no guarda la debida proporción con la incertidumbre de ese entorno. Al ser mayor la incertidumbre son más los hechos que el hablante debe transmitir diferenciados (*individualizados*) a su interlocutor y en una secuencia como *fijate en este color* se ocultan demasiadas referencias posibles indiferenciadas en un entorno en el que no hay una especial expectativa sobre ninguna de ellas.

No sólo los mensajes en actos de habla concretos se adecúan a las condiciones del entorno. El propio sistema lingüístico en su conjunto lo hace. El entorno al que debe adecuarse el francés no tiene la misma incertidumbre que el entorno al que debe adecuarse el idioma de los masai o de los bantúes. Una lengua sólo tendrá un desarrollo léxico determinado si la incertidumbre de los entornos en que

habitualmente emiten sus mensajes los hablantes exige una cierta complejidad. De la misma manera que un hablante de una lengua "de cultura" sólo será capaz de manejar un léxico rico y amplio si esa persona ejerce de manera habitual su actividad de hablante en entornos inciertos, o, en otros términos, si con frecuencia los mensajes que tiene que emitir o interpretar son poco redundantes con el entorno en que se emitan. Por ejemplo, si una persona está acostumbrada a leer tiene que estar también habituada a mensajes complejos, porque la interpretación de los mensajes escritos se hace en un entorno siempre incierto. Una lengua con tradición escrita es una lengua que necesariamente sus generaciones de hablantes han ido adecuando a entornos inciertos y, por ello, su léxico (fundamentalmente) y su estructura gramatical serán suficientemente amplios para generar mensajes complejos. Las que no tienen esa tradición no tienen tampoco, aquí y ahora, esos recursos, aunque evidentemente sí tienen la posibilidad de adaptarse como instrumento a entornos inciertos, si sus hablantes hacen el esfuerzo por adaptarlas. Simplemente, tienen por realizar una labor que los hablantes de lenguas de amplia tradición cultural heredan ya hecha por generaciones anteriores.

2.2 Complejidad e individualidad.-

En el caso de las emisiones lingüísticas es evidente que la complejidad de los mensajes debe ser proporcional a la incertidumbre del entorno en que se transmiten. Esto quiere decir que a medida que el entorno es más incierto, para lograr una transmisión con un error aceptable, se necesitan mensajes con más gasto (es decir, que haya más unidades en los mensajes) y con mayor organización. Con su mensaje, el emisor intenta que su receptor aísle la experiencia que él quiere comunicarle. Cualquiera que sea el mensaje que emita, este mensaje siempre podrá designar varias situaciones, es decir, siempre serán varias las referencias posibles de un mensaje (si este mensaje fuera tan explícito que sólo fuera aplicable a una experiencia, sería irrepetible). Un enunciado como *lo estoy haciendo* puede designar situaciones como estar leyendo un periódico, estar comiendo uvas o estar leyendo el último capítulo de *Cien años de soledad*. A cualquiera de estas situaciones se puede hacer referencia mediante el mensaje citado. En este caso las situaciones designables son muchas y sólo será interpretable sin error si la experiencia concreta que queremos comunicar es altamente redundante con el entorno, es decir, si se emite en un entorno de poca incertidumbre. A medida que lo que queremos decir es menos redundante con ese entorno necesitamos mensajes adecuados para menos realidades. Ciertamente, con el enunciado 1-*estoy leyendo el último capítulo de Cien años de soledad* se pueden designar menos experiencias que con el enunciado 2-*lo estoy haciendo*. De esta manera, en un entorno incierto en el que estar leyendo el último capítulo de *Cien años de soledad* no es una referencia más probable que otras será fácil que nuestro interlocutor nos entienda con (1) y difícil que nos entienda con (2). Esta última es una secuencia para cuyo significado se adecúan muchos elementos del entorno (muchas experiencias designables en actos de

habla), es decir, son muchos los elementos del entorno indiferenciados en una misma manifestación del sistema. El hecho transmitido con (1) está más individualizado que el transmitido con (2). Y los mensajes individualizan tanto más su referencia cuanto más complejos sean. Esta mayor complejidad y consiguiente individualidad de la referencia dependen, según quedó explicado, del gasto (fundamentalmente, de la concreción semántica de los signos) y la organización (su estructura gramatical). Cuanto mayor sea la complejidad de un código (= en la medida en que en un código existan unidades y mecanismos suficientes para formar con él mensajes complejos), y por tanto, cuanto más sean los mensajes diferentes posibles en un código (la cantidad de acontecimientos distintos es la consecuencia de la complejidad) más son los elementos del entorno para los que el sistema puede adoptar una manifestación diferenciada.

Debe tenerse en cuenta que un mensaje interpretable sin error en un entorno de poca incertidumbre puede no ser interpretable en un entorno más incierto, pero no ocurre la inversa. Un mensaje que se puede interpretar sin error en un entorno incierto será también interpretable en un entorno de menor incertidumbre; simplemente será más redundante, lo que también puede ser inadecuado. De ahí lo que ya dijimos en otro momento: cuanto más complejo sea el mensaje más inciertos pueden llegar a ser los entornos en los que es interpretable o, simplemente, más son los contextos en que se puede interpretar sin error.

2.3 Inadecuación de la complejidad de los mensajes: la indeterminación.-

Cuando el mensaje resulta inadecuado para un entorno por su poca complejidad, se producen dos fenómenos: la ambigüedad y la indeterminación o vaguedad.

La situación en que sentimos como ambiguo un signo y la situación en que lo sentimos como indeterminado tienen en común el hecho de que en los dos casos tenemos dificultades para reconstruir el mensaje que se nos quiere transmitir. Sabemos cuáles son las referencias posibles pero nos faltan datos que nos faciliten tomar la decisión adecuada. La expresión *¿tiene cambio?*, sin un contexto adecuado, es ambigua; la expresión *dame eso*, si el contexto no es suficientemente explícito, es indeterminada. La diferencia está en que en el primer caso tenemos que decidirnos entre un conjunto de valores alternativos, ninguno de los cuales necesita ninguna especificación; sólo necesitamos saber de cuál de ellos se trata. Las referencias posibles en que se mueve nuestra incertidumbre no representan especificaciones diferentes de un valor común, sino valores diferenciados

desde el principio. En el segundo caso, el signo *eso* tiene sólo un valor, que está perfectamente comprendido pero que no es suficiente. Lo que está comprendido es que se trata de un objeto situado a una cierta distancia del emisor y cada una de las referencias alternativas que componen nuestra incertidumbre representa una concreción o especificación de un valor que tienen en común todas ellas; se trate del cenicero o de un bolígrafo, siempre es algo situado a cierta distancia del emisor. En el primer caso, unas monedas de poco valor o un detalle de la mecánica de una motocicleta no son referencias que maten un valor común, sino dos valores diferentes. En este primer caso lo que no sabemos es qué significado debemos atribuir a la expresión /káNbio/; en el segundo sí reconocemos sin dificultad el significado, pero con el signo en cuestión se pueden designar muchos objetos y no sabemos por cuál decidimos³.

3. Entorno y presuposiciones.-

Es importante, para comprender el hecho de la comunicación en un acto de habla, la idea de "presuposición". Las expectativas que tiene el receptor sobre lo que se le va a decir (es decir, la mayor o menor probabilidad que atribuye a determinadas áreas de la realidad para ser referidas en el acto de habla de que se trate) forman en conjunto sus presuposiciones. Las presuposiciones del emisor están constituidas por las expectativas que le supone al destinatario del mensaje; es decir, por lo que él cree tener en común con ese destinatario. Esto incluye, naturalmente, todo tipo de pautas culturales; se puede hablar de 'coches deportivos' sin especificaciones de ningún tipo si se supone que para el interlocutor el coche deportivo es una realidad tan habitual como para el que habla. Si el interlocutor fuera un nómada del desierto, posiblemente las presuposiciones del emisor fueran otras; es posible que precisara más lo que es un coche deportivo porque esa puede ser una realidad que no sea común en la experiencia de los dos interlocutores. Es posible, sin más, que la redundancia de la referencia del mensaje con el entorno fuera menor y que el mensaje debiera ser más complejo.

Estas presuposiciones (las del emisor y las del receptor) son importantísimos elementos del entorno de un mensaje. Las expectativas de los interlocutores son el entorno al que deben adaptarse los mensajes lingüísticos en cada acto de habla. Será más incierto el

³ Ver Gutiérrez Ordóñez, S.: *Lingüística y semántica*, Oviedo, 1981, pp. 231 y ss.

entorno cuantas menos sean esas presuposiciones. Cuando queremos referirnos a un determinado acontecimiento, utilizaremos un tipo de mensaje si nuestro interlocutor conoce ese acontecimiento y otro tipo de mensaje distinto si nos dirigimos a alguien que lo desconoce. Incluso si nos dirigimos sucesivamente a uno y otro interlocutor en la misma situación de discurso, utilizaremos mensajes más explícitos para hablar con el segundo que para hablar con el primero. Aunque la situación de discurso sea la misma, son distintas las presuposiciones que atribuimos a uno y otro receptor (son, por tanto, distintas nuestras presuposiciones) y, precisamente por eso, es distinto el entorno en que se emite el mensaje y distintas las condiciones de adecuación.

El emisor tenderá a hacer más complejos sus mensajes cuando sepa poco sobre las expectativas de su receptor o cuando las expectativas de sus receptores sean dispares (lo que equivale tener un receptor sobre el que se sabe menos, según vimos). Así, por ejemplo, es evidente que en la lengua escrita los mensajes deben ser mucho más explícitos (= más complejos) que en la lengua oral. Un mensaje escrito ha de ser interpretado por un receptor que no está en la situación en que se encuentra el emisor cuando lo cifra y además el emisor no sabe en qué situación va a interpretar el mensaje el receptor en cuestión. En el caso de un libro, los mensajes incluso deben ser interpretados por un número indeterminado de receptores en un número indeterminado de situaciones distintas. Todo esto quiere decir que los mensajes que cifra el emisor deben ser interpretables en muchas situaciones diferentes, es decir, se formulan en un entorno muy incierto y su complejidad debe ser adecuada para esa incertidumbre. Decir que los mensajes deben ser complejos y decir que deben ser sumamente explícitos es, como se ve, lo mismo. Un mensaje explícito es un mensaje con una referencia muy precisa, es decir, adecuado para pocas realidades; es un mensaje que *individualiza* con claridad una referencia a base de excluir muchas por sí mismo (sin que haya que excluirlas porque el contexto las dé como improbables).

Del entorno de un mensaje forman parte, inevitablemente, los otros mensajes que se hayan podido emitir antes, es decir, el llamado contexto lingüístico. En otros términos, forma parte de las presuposiciones del emisor y del receptor antes de que se transmita un mensaje todo lo que se haya dicho antes. Lo dicho en un mensaje crea expectativas sobre lo que se va a decir después (= modifica el entorno). La secuencia (1) *la operación es difícil* puede resultar equívoca, pero no si se emite después de un enunciado como (2) *su corazón está muy débil*. La emisión de la secuencia (2) hace que el mensaje (1) se transmita en un entorno menos incierto. Lo dicho por el mensaje (2) hace innecesario explicitar (= hacer

más compleja) la secuencia (1). Esta modificación que unos mensajes hacen sobre el entorno de otros que van a continuación es lo que hace que una sucesión de enunciados produzcan en el receptor la sensación de 'texto'. En un texto se va reduciendo la incertidumbre del entorno porque se van generando expectativas sobre ciertas realidades, es decir, determinadas áreas de la realidad se van haciendo más probables como componentes de las referencias de los enunciados. Estas áreas de la realidad son las que se consideran como 'temas' de los que habla un texto.

4. La anomalía.-

4.1 Inadecuación del mensaje a las presuposiciones: lo imposible y lo obvio.-

La sensación de anomalía se produce cuando el mensaje que llega al receptor rompe sus expectativas hasta el punto de impedirle encontrar una interpretación aceptable para el mensaje en cuestión. La anomalía, entonces, no es más que una inadecuación del mensaje a las presuposiciones (generalmente del receptor) y, por tanto, una inadecuación al entorno. Naturalmente, la anomalía de la que cabe hablar en un estudio de semántica es la que podamos atribuir al mensaje como tal y no a otros factores. Un hablante puede emitir un mensaje absolutamente inoportuno en una conversación pero normal desde el punto de vista idiomático. La cuestión de la anomalía semántica se plantea en dos niveles. En primer lugar, se trata de delimitar de qué tipo de secuencias se dice que son semánticamente anómalas. En segundo lugar, se ha de considerar si realmente la anomalía de estas secuencias es una anomalía genuinamente lingüística. Sólo si cabe contestar afirmativamente a esta segunda cuestión se puede hablar de una verdadera combinatoria semántica.

Si examinamos los ejemplos que normalmente se aducen como casos de anomalía (*los bueyes calculan su plusvalía, la mesa redonda es cuadrada, las ideas verdes duermen furiosamente, ...*), es fácil comprobar que la sensación de anomalía está vinculada de alguna manera a la falsedad que el hablante atribuye a lo referido por la secuencia de que se trate. En estos casos el desajuste de la referencia del mensaje con las presuposiciones del receptor es total. La expectativa que el receptor tiene en principio sobre este tipo de referencias es nula. Para que esto ocurra, no basta con que el enunciado diga algo falso. Un

mensaje como *ahora es de noche* pronunciado a las doce de la mañana enuncia algo falso, pero son fácilmente imaginables situaciones en que enunciaría algo verdadero (por ejemplo, si se emite diez horas después). La sensación de anomalía se produce cuando el enunciado no sólo es falso en el acto de habla que se considere, sino en cualquier acto de habla imaginable, como es el caso en las secuencias antes citadas. No es, entonces, exactamente la referencia a algo falso lo que se vincula con la anomalía. El sinsentido se produce cuando se hace referencia a un imposible.

En realidad, de estos enunciados se puede decir que son falsos en dos sentidos diferentes. Unos son empíricamente falsos y otros son formalmente falsos, es decir, contradictorios. Los primeros (del tipo *las ideas verdes duermen ... y los bueyes calculan su plusvalía*) hacen referencia a algo que sabemos que no ocurre ni puede ocurrir, pero que es lógicamente congruente. Los segundos (del tipo *la mesa redonda es cuadrada*) implícita o explícitamente afirman y niegan la misma cosa; así, al decir de una mesa redonda que es cuadrada se afirma y niega a la vez que tiene vértices. En estos casos no se trata de algo insólito en nuestra experiencia sino de algo irrealizable. Muchos autores distinguen el conocimiento empírico que tienen de la realidad los hablantes de una serie de "imperativos lógicos universales", una especie de "sentido común". Se introducen así como factores determinantes de la comprensión de los mensajes no sólo el conjunto de saberes por los que los hablantes saben lo que es posible o imposible en el mundo del que tienen experiencia y conocimiento, sino también los saberes por los que se discrimina lo que es posible o imposible en cualquier mundo posible, es decir, lo que es contradictorio de lo que es congruente (al margen de que sea verdadero o falso). Son las que Leibniz llamó "verdades de razón" para distinguirlas de las "verdades de hecho" de que consta nuestro conocimiento empírico. Por estas sabemos lo que es pero podría no haber sido o haber sido de otra manera. Por las primeras, no sabemos nada de lo que existe, sino sólo de lo que no puede ser. Pero los dos tipos de falsedad producen la misma sensación de anomalía en los hablantes, independientemente de que sea una falsedad empírica o formal.

En realidad no se ve clara la razón por la que deba entenderse que estas verdades formales por las que se cataloga una situación como contradictoria o congruente constituyan un saber distinto del saber empírico normal. Parece conveniente despojar a estos "imperativos de la razón" de la vestimenta cuasi-metafísica en que se les envuelve con frecuencia. La lógica formal no es tan formal como pretenden algunas visiones neoplatónicas. La constatación de que un objeto que es mayor que otro, que a su vez es mayor que un tercero, no puede ser menor que este tercero es una experiencia tan empírica como la constatación del principio de gravedad por el que sabemos que todo cuerpo cae al suelo si algo no lo impide. El que por un procedimiento de abstracción objetivo se establezca la noción y propiedades de la 'transitividad' (lógico-matemática), que es aplicable a la experiencia

mencionada y a otras de otro tipo, no significa que la propiedad transitiva, tal como se da en un saber no científico, constituya una vaporosa predisposición universal por la que los hombres tienden a organizar el mundo de cierta manera. Las "verdades de razón", en realidad, no son más que un compartimento del saber que tenemos de la realidad.

La referencia al absurdo, por tanto, es la referencia a todo lo que, según nuestra experiencia, es imposible. Como la experiencia que tenemos es siempre limitada, el absurdo tiene algo que ver con lo improbable y excepcional (nos parece imposible justamente lo que tiene un 0% de probabilidad).

La 'excepcionalidad' que estamos atribuyendo al absurdo es propia también de los sucesos que llamamos azarosos. De algo ocurrido decimos que sucedió por azar justamente porque no era previsible. Pero lo azaroso, aunque excepcional e imprevisible, es 'razonable'. Si a alguien le cae un objeto pesado en la cabeza cuando está paseando, se puede decir que le ocurrió tal accidente por azar, pero no diríamos que le ocurrió algo inexplicable. Es el absurdo el reino de lo no razonable ni explicable. El absurdo y el azar tienen en común la improbabilidad y excepcionalidad. Pero, dentro de lo improbable, hay que distinguir lo que es posible (algo que tenga un 5% de posibilidades de ocurrir es improbable pero posible) de lo que es imposible (lo que tiene un 0% de posibilidades de ocurrir). El absurdo se relaciona con lo imposible y el azar con lo improbable⁴.

Pero no sólo choca con las presuposiciones del receptor aquello que resulta absolutamente improbable, incluso imposible, en todo entorno imaginable. La expectativa más elemental que tiene el receptor sobre lo que el mensaje que se le emite es que se le va a decir algo, es decir, que se le va a transmitir información. Por eso, producen también sensación de anomalía los mensajes redundantes en un 100%, no sólo en el entorno de un acto de habla, sino en cualquier entorno imaginable; por tanto, los mensajes que dicen algo que no puede ser de otra manera, según la experiencia que tiene el receptor. Si anómala resulta la referencia a un imposible, no menos anómala resulta la referencia a lo obvio. Produce extrañeza oír que una mesa redonda es cuadrada, pero no menor es la perplejidad si nos dice un vendedor de muebles que ninguna de las mesas redondas que tiene es cuadrada; o si en una exposición de ganado se nos dice que alguno de los bueyes no calcula nunca su plusvalía; o si, en fin, nos dice un filósofo que las ideas no duermen con furia. En ninguno de estos casos se nos dice nada falso. Antes al contrario, se nos dice algo obvio, algo totalmente redundante con el entorno que, inevitablemente, choca con las expectativas normales en un acto de habla.

Como en el caso anterior, las obviedades pueden ser empíricas o formales. Estas últimas son las tautologías. La negación de una tautología produce un enunciado

⁴ Wagensberg, J., *op. cit.*; Ferrater Mora, J.: *Diccionario de filosofía*, Alianza, 1986, sub voce "azar".

contradictorio, en tanto que la negación de una obviedad empírica da como resultado un enunciado empíricamente falso. Y, como en el caso anterior, los dos tipos de obviedad producen la misma sensación de anomalía en los hablantes.

La referencia al absurdo y la referencia a lo obvio tienen en común el hecho de que en los dos casos se transmite una información nula. El efecto de anomalía que producen se debe precisamente a eso: el receptor tiene siempre como expectativa más elemental que se le va a transmitir información.

Algo parecido ocurre con los enunciados de modalidad interrogativa. Cuando se pregunta algo a un receptor y la situación hace suponer que se espera respuesta, el enunciado interrogativo resulta anómalo si ninguna de las respuestas posibles del receptor añade información al entorno. Esto ocurre siempre que la pregunta está formulada de manera que no admite respuesta coherente y siempre que las respuestas coherentes sean plenamente redundantes con el entorno (en el sentido amplio en que lo caracterizamos), es decir, siempre que cualquier respuesta sea necesariamente una obviedad. Así, en un caso como *¿Es cierto que este señor no es ni pobre ni rico sino todo lo contrario?* cualquier respuesta que se dé hará referencia al absurdo. Preguntas como *¿es redonda la mesa cuadrada?* o *¿calculan los bueyes su plusvalía habitualmente?* resultan anómalas precisamente porque la única respuesta posible es obvia.

Líneas más arriba dijimos que la complejidad de los mensajes suele adecuarse a la incertidumbre del entorno y que en entornos de poca incertidumbre se suelen utilizar enunciados poco complejos. Los enunciados complejos en entornos de poca incertidumbre son perfectamente interpretables, pero pueden resultar inusualmente redundantes con ese entorno y producir efectos no siempre deseados en los hablantes. Cuando una persona utiliza en contextos coloquiales en que se habla de temas más o menos ligeros un lenguaje excesivamente elevado y emite unos mensajes excesivamente detallados y explícitos produce inmediatamente impresión de afectación innecesaria en sus interlocutores. Si en un comercio en el que vamos a comprar una televisión se nos explica con excesivo pormenor lo que debemos hacer para que funcione y se nos detalla insistentemente la necesidad de que el aparato esté enchufado a la red para que funcione, con profusión de ejemplos prácticos, el vendedor puede producir en nosotros la vaga sensación de que duda de nuestras facultades mentales, debido precisamente a la redundancia inusual que su discurso tiene con el entorno.

4.2 Anomalías y combinatoria semántica.-

4.2.1 Los enunciados asemánticos.-

4.2.1.1 La otra cuestión que debemos plantearnos sobre los enunciados anómalos es el estatuto que debemos conferir a esta anomalía dentro de una teoría lingüística. Admitir que la anomalía de una secuencia como ** el perra es altos* es una anomalía gramatical (por tanto, lingüística) es lo mismo que admitir que existen reglas combinatorias gramaticales que organizan los decursos lingüísticos, y que justamente la anomalía de este mensaje consiste en la transgresión de estas reglas. Por la misma razón, si admitimos que las secuencias del tipo *las ideas verdes duermen furiosamente* son semánticamente anómalas, estaremos admitiendo la existencia de reglas combinatorias semánticas como un componente más de la teoría lingüística.

El condicionamiento que el entorno hace de la interpretación de los mensajes está fuera de toda duda. La conveniencia del estudio de los entornos y de la relación de los enunciados y unidades lingüísticas con ellos también. En realidad, siempre que se define un sistema se tienen que estar definiendo también los entornos de los que se segrega y a los que debe adecuarse. Este indudable interés que tiene el estudio de la relación entre mensaje y entorno para la comprensión del hecho de la comunicación lingüística ha llevado a muchos autores a incluir los factores del entorno como componentes de la propia teoría semántica. Si los elementos del entorno se admiten como componentes semánticos, expresiones como *los bueyes calculan su plusvalía* y similares no serían sólo anómalas, en el sentido vago en el que estamos utilizando este término hasta aquí, sino *lingüísticamente* anómalas. Considerar mal formadas, desde el punto de vista semántico, las expresiones anómalas que venimos citando conduce, en nuestra opinión, a problemas teóricos. Pensamos que no se puede obtener un conocimiento cabal de un sistema sin definir adecuadamente las características de su entorno, pero que, por definición, el entorno está constituido por elementos externos al sistema como tal. Ciertamente, un zoólogo que estudie el sistema ocular del gato sin duda debe tener en cuenta la intensidad de la luz ambiente que llega a los ojos del gato para entender ciertas modificaciones que se producen en su pupila. Pero cometería un error evidente si pasa a entender que el estudio de las ondas electromagnéticas de la luz es interno a la zoología. La anomalía de los mensajes con los que antes ejemplificamos deriva, en nuestra opinión, de la mayor o menor probabilidad

que tiene su referencia en ciertos entornos. Son anómalos los que tienen una improbabilidad total o una probabilidad (= redundancia) total en cualquier entorno, es decir, los que nunca son informativos. Sólo se pueden considerar anómalos, y por tanto, sólo se puede hablar de combinatoria semántica si se consideran lingüísticos los factores del entorno, pues estos son los que hacen más o menos probables ciertas referencias y los que hacen absolutamente improbables (imposibles) otras (según lo que estamos diciendo, es precisamente en la absoluta improbabilidad o probabilidad que, dado un entorno, un hablante atribuye las referencias posibles de un enunciado en lo que consiste la "anomalía"). Pero precisamente los factores propiamente lingüísticos de la interpretación de un lenguaje son los que no están implicados por la situación en que se enuncian, es decir, aquello en lo que el mensaje representa un estado de cosas distinto del entorno.

4.2.1.2 Imaginemos que tenemos en la palma de la mano izquierda un montón de folios de color blanco y en la palma de la mano derecha un montón de folios de color gris. Supongamos que tiramos al alto, simultáneamente, los dos montones, con la consecuencia inevitable de que caerán al suelo. ¿Qué tendría que ocurrir para que podamos decir que cayeron en orden? Tendría que dar la casualidad, por ejemplo, de que cayeran todos los blancos encima de los blancos y todos los grises encima de los grises; o que cayeran de tal manera que formaran un rombo en el suelo;... En definitiva, tendría que ocurrir algo poco probable a partir de la manera en que se dejaron caer los folios al suelo. Si los folios cayeran en una disposición absolutamente arbitraria, no diríamos que cayeron en orden, puesto que eso era lo probable a partir de la manera en que los tiramos al suelo. Decir, en este caso, que los folios no cayeron en orden significa que la observación de que cayeron en disposición arbitraria no añade nada a la observación de que la manera de depositarlos en el suelo fue tirándolos al alto. Sólo es pertinente la descripción de la disposición que los folios adoptaron en el suelo si esta disposición no es deducible del hecho mismo de haberlos lanzado al alto (es decir, si no era altamente probable esa disposición para la manera de dejarlos caer): sólo en este caso podemos decir con propiedad que la manera de tirarlos y la disposición que adoptaron en el suelo *son dos cosas distintas*.

Las manifestaciones lingüísticas existen como estado de cosas en la medida en que otro tipo de hechos no las hace enteramente predecibles, pues en este caso este tipo de hechos y las manifestaciones lingüísticas no serían dos cosas distintas sino el mismo estado de cosas. Si existe la lengua, serán propiamente lingüísticos los aspectos no deducibles de otros aspectos que puedan considerarse como no lingüísticos. Allí donde lo que ocurre en

un mensaje empieza a ser deducible de otros aspectos externos a él acaba la categoría lingüística como estado de cosas autónomo y la ciencia que la construye. Si estamos comprando un periódico, es fácil admitir que esa experiencia no es en sí misma un estado de cosas que podamos llamar lingüístico. Todo lo que sea probable en un 100% a partir de esa situación no añade nada a la experiencia en sí, es decir, es el mismo estado de cosas que estar comprando un periódico. De un mensaje lingüístico será propiamente lingüístico lo que añada algo al hecho de estar en esa situación, es decir, lo que no sea enteramente probable a partir de ella. Todo lo que en el mensaje sea deducible de la situación de estar comprando el periódico (por ejemplo, que un diario determinado al que señalamos con el dedo índice sea la referencia del signo *ese*) es prácticamente un elemento de esa situación y no de la manifestación lingüística como tal.

No se trata de que lo lingüístico sea independiente de la situación. Lo lingüístico es lo que, teniendo a la situación como condición, no es predecible a partir de ella, es decir, lo que representa un orden de cosas que no se reduce a la situación como tal (igual que la disposición de los folios en el suelo era un acontecimiento diferenciado cuando, teniendo como condición inicial una forma determinada de dejarlo caer, era improbable con respecto a esa condición). El estadio en que la interpretación de un mensaje se reduce a lo que, de entre un conjunto de posibilidades abierto, es más probable según una situación, es el estadio en el que el hecho lingüístico se diluye en una situación no lingüística, es decir, el momento en el que la categoría lingüística desaparece como un estado de cosas diferente de la propia experiencia.

De hecho, los estudios que intentan el conocimiento de los factores extralingüísticos que intervienen en la comprensión de los mensajes en realidad lo que clasifican y describen es la propia experiencia de los hablantes: el oficio o estado de los interlocutores, el espacio o tiempo en el que están, el grado de formalidad o informalidad de la situación, ...⁵. Esto no hace sino confirmar lo que decíamos en las líneas anteriores: el nivel en el que la interpretación de los mensajes consiste en lo predecible a partir de la experiencia vital y el nivel de la propia experiencia vital son el mismo nivel. Para probarlo, quienes intentan estudiar lo primero irremediamente lo que hacen es estudiar y clasificar lo segundo.

⁵ Ver sobre estas cuestiones Lyons, J.: *Semántica*, Teide, 1980, pp. 511 y ss.

Todo esto nos lleva a concluir, en definitiva, que el sistema lingüístico no contiene todos los saberes de que se valen los hablantes para interpretar los mensajes, sino sólo uno de ellos: el lingüístico, del que depende lo más importante, pero no la totalidad, para que la comunicación se produzca. Y por eso mismo pensamos que la semántica lingüística no debe registrar como anómalas expresiones como *los bueyes calculan su plusvalía*, *colorless green ideas sleep furiously* y similares. No es cierto que estas oraciones sean realmente asemánticas. Una oración asemántica, es decir, mal formada desde el punto de vista semántico, simplemente no dice nada. Pero no se puede afirmar que las oraciones citadas no digan nada: porque dicen algo es por lo que podemos decir que es absurdo, imposible o incongruente lo que dicen. Si oímos una oración de este tipo, todo el saber que forma el contexto extralingüístico hace probable, incluso seguro, que no exista ninguna de las situaciones a que pueden hacer referencia, pero lo anómalo está justamente en la realidad aludida, no en el mensaje como tal mensaje. Considerar interno a la lengua lo que, según nuestra experiencia, es anómalo o imposible en la realidad es tomar como elementos internos el mismo tipo de elementos que determinan la mayor o menor probabilidad de las referencias posibles de un signo, es decir, es entrar en el dominio en el cual lo lingüístico ya no es una categoría autónoma de la realidad y, por tanto, en el dominio de los hechos que la ciencia lingüística debe segregar para dar forma a sus verdades. R. Jakobson, apenas dos años después de la publicación de las *Estructuras sintácticas* de Chomsky, ya esbozó con palabras justas la que sería la postura más común entre los semantistas estructuralistas:

"Pero incluso si [...] negamos la existencia de ideas verdes, también entonces, como ocurre con «la cuadratura del círculo» o «las peras del olmo», la inexistencia, la ficción de estas entidades no tiene nada que ver con el problema de su significación semántica. La posibilidad de poner en duda su existencia es la mejor advertencia contra una confusión de la irrealidad ontológica con la carencia de sentido.

"[...] La verdadera agramaticalidad priva de información semántica a una expresión. Cuanto más olvidados parecen las formas sintácticas y los conceptos relacionales que todos ellos vehiculan, menos factible resulta el test de verdad del mensaje"⁶.

El estudio de la anomalía semántica debe encuadrarse dentro de una lingüística de los actos de habla y no en una lingüística que busque la descripción de un sistema

⁶ Jakobson, R.: *Ensayos de lingüística general*, Seix Barral, 1981, pp. 342 y 343. Ver sobre estas cuestiones, Coseriu, E.: *Principios de semántica estructural*, Gredos, 1981, pp. 143 y ss., 185-209 y 262-263; Martínez, J.A.: *Propiedades del lenguaje poético*, Universidad de Oviedo, 1975, pp. 237-270; Gutiérrez Ordóñez, S., *op. cit.*, pp. 247 y ss.

propiamente dicho. Las anomalías no son más que casos de inadecuación de los mensajes a entornos dados y no transgresiones a normas combinatorias del sistema.

4.2.2 Las solidaridades léxicas.-

4.2.2.1 Concepto de solidaridad léxica.-

Pero aún todas estas consideraciones no son suficientes para afirmar que no existe una verdadera combinatoria semántica. Tan sólo sirve para rechazar que sean en verdad oraciones asemánticas aquellas cuya única anomalía se deduce, no de nuestro saber lingüístico, sino de nuestra experiencia vital. Pero muchos autores estructuralistas distinguen el caso de estas oraciones del de otras cuya asemánticidad parece más genuinamente lingüística⁷. Se trata de aquellos casos en que la combinación de ciertos signos resulta anómala, pero no porque la referencia sea absurda o imposible, sino porque suponen el empleo de alguno de esos signos en usos que el propio sistema le tiene vedados. Así, por ejemplo, en el sistema español el signo *rebaño* denota una colectividad de animales, pero no de cualquier tipo. Es correcto hablar de un 'rebaño de ovejas', pero no de un 'rebaño de peces' o un 'rebaño de caballos' (domésticos). Para designar las agrupaciones de estos dos tipos de animales la lengua dispone de otros signos, como *banco* o *manada*. No es que la expresión *rebaño de peces* denote una realidad absurda. Es simplemente que el signo *rebaño* está aquí mal utilizado. Lo mismo podríamos decir respecto del uso de *cabello* para referirse a los pelos de cualquier parte del cuerpo que no sea la cabeza; o del adjetivo *anciano* para referirse a la vejez o antigüedad de algo que no sea una persona humana; etc.

En todos estos casos parece que lo que nos hace sentir anómalas las expresiones no es el conocimiento de realidades externas a la lengua sino el conocimiento de la propia lengua, que es por el que sabemos que *en castellano* 'no se dice' /manáda/ para hablar de peces. Las secuencias del tipo *manada de caballos* o *profesor anciano* constituyen lo que Coseriu denomina solidaridad léxica. Estamos ante una solidaridad léxica cuando dos lexemas dados en dos sintagmas diferentes relacionados sintácticamente se vinculan entre sí de manera que un componente semántico de uno de ellos actúa como restricción combinatoria en el otro. Así, un rasgo del lexema 'profesor', que es el rasgo 'humano' actúa

⁷ Coseriu, E., *op. cit.*

como restricción combinatoria del lexema 'anciano' (pues sólo se puede combinar con lexemas que contengan ese rasgo). La consecuencia de no respetar las reglas que determinan las solidaridades léxicas es la producción de oraciones mal formadas desde el punto de vista semántico. La diferencia con los casos estudiados está en que las solidaridades léxicas se establecen a partir de rasgos indiscutiblemente semánticos de los signos considerados. No cabe duda de que la figura de contenido 'humano' presente en el lexema 'profesor' actúa como rasgo combinatorio en el lexema 'anciano' en una expresión como *profesor anciano*; el rasgo 'aplicado a persona' es una figura léxica identificable por conmutación en el signo *anciano* lo mismo que el rasgo 'de edad avanzada'. Por tanto es indiscutible que los rasgos en que Coseriu fundamenta las solidaridades léxicas (los "clasemas" de la semántica estructural) son, a diferencia de los casos anteriores, rasgos lingüísticos. Pero aun reconociendo que el rasgo 'ovino' forme parte del significado de *rebaño* o que el rasgo 'humano' sea constituyente del significado de *anciano*, sigue pareciéndonos dudosa la anomalía de *rebaño de peces y casa anciana*.

4.2.2.2 Solidaridades léxicas y secuencias asemánticas.-

La cuestión es en qué medida se puede decir que es el conocimiento de la lengua española lo que nos hace sentir como inaceptables expresiones como *el cabello de las piernas, los ancianos árboles del bosque* o *el rebaño de sardinas*. Por el conocimiento del sistema lingüístico sabemos lo que significan los signos que componen estas secuencias. Sabemos que cuando hablamos de 'cabellos' se trata de algo que está en la cabeza de las personas, de la misma manera que sabemos que se trata de pelos; cuando hablamos de algo 'anciano', igual que sabemos que se trata de algo 'viejo', sabemos que ese algo es una persona; etc. Ante la expresión *árbol anciano* el conocimiento lingüístico nos permite saber lo que dice: la experiencia 'persona de edad avanzada' se atribuye como cualidad de la experiencia 'árbol'. Decir de un árbol que es una persona de edad avanzada es, obviamente, incongruente, como lo era decir de una mesa redonda que es cuadrada. Pero el caso es enteramente similar. La incongruencia sólo surge cuando hacemos intervenir un saber y unas circunstancias no lingüísticas. En los dos casos se presentan dos experiencias incompatibles: 'cuadrada' y 'redonda' no son características que se puedan dar en el mismo objeto; un objeto puede tener muchos años, pero ese objeto no puede ser a la vez 'árbol' y 'persona': ambos rasgos de experiencia no se dan juntos en la misma realidad. La única diferencia que hay entre los dos casos es que en el primero las dos realidades incompatibles, 'redonda' y 'cuadrada', están conformadas en la lengua como significados

léxicos (las dos son lexemas). En el segundo caso las dos experiencias incompatibles de las que resulta la anomalía, 'árbol' y 'persona', están también conformadas como unidades semánticas, pero no son las dos lexemas: una es un lexema ('árbol') y la otra es una figura léxica de contenido ('persona'). Que lo que nuestra experiencia extralingüística nos dice que es incompatible sean dos realidades conformadas como significados o que sean dos realidades, una conformada como significado y otra como figura, no altera la situación: en los dos casos no hay más anomalía que lo que el contexto, la experiencia, nos dice que es improbable o imposible. La semanticidad de *árbol anciano* ofrece tan pocas dudas como la de *los bueyes calculan su plusvalía*: con la primera expresión se está diciendo de un árbol que es una persona de edad avanzada; con *rebaño de sardinas* se está aludiendo a una colectividad de animales ovinos compuesta de sardinas; *los cabellos de las piernas* designa los pelos de la cabeza que tenemos situados en las piernas. Es en todo caso el contexto extralingüístico el que hace probable o seguro que referencias de este tipo no se den en la realidad, pero el caso es reducible a los comentados antes.

Es cierto que es el conocimiento del sistema lingüístico lo que se necesita para saber que *anciano* se aplica sólo a personas y que *rebaño* se aplica a animales ovinos, pero de la misma manera que es el conocimiento lingüístico el que nos dice que *anciano* se aplica a algo que tiene ya muchos años y que *rebaño* se aplica a una colectividad. Si un extranjero utiliza el adjetivo *anciano* para hablar de un árbol porque ignora el detalle de que sólo se aplica a personas, comete el mismo error que si atribuye ese adjetivo al signo *niño* porque ignora el detalle de que sólo se aplica a seres de edad avanzada o porque ignora que con *niño* sólo se hace referencia a humanos de poca edad; y sería el mismo tipo de error que si utilizase el signo *mesa* para designar una silla. Por su parte, en el caso del signo *rebaño* tampoco vemos la necesidad de diferenciar un rasgo paradigmático 'colectividad' de un rasgo combinatorio 'ovino'. La supuesta anomalía *rebaño de sardinas* en todo caso sería del mismo tipo que la de *rebaño de una oveja*. Cualquier figura léxica acabaría siendo, por este procedimiento, una determinación combinatoria del significado.

Según lo que venimos diciendo, una oración que efectúe una referencia absurda o improbable no se puede considerar mal formada desde el punto de vista lingüístico, a menos que atribuyamos la anomalía, no a la situación aludida, sino a un conocimiento deficiente del código por parte del hablante. Pero estos casos de manejo imperfecto de la lengua se manifiestan igual en las figuras léxicas paradigmáticas que en los pretendidos rasgos combinatorios semánticos ("clasemas" en la terminología de algunos autores). El

mismo desconocimiento que provoca expresiones como *árbol anciano* puede provocar expresiones como *lo vi con mis propios oídos*. Sólo puede tener dos causas la anomalía semántica: o el hablante no dijo lo que quería decir (si un extranjero dice *árbol anciano*, lo que está haciendo en realidad es decir de un árbol que es una persona mayor, por tanto, no está diciendo lo que quería decir. En estos casos, en realidad, se puede decir que el hablante utilizó un código distinto del español); o bien lo enunciado es una situación imposible. En ninguno de los dos casos se puede hablar con propiedad de oraciones asemánticas.

En conclusión, creemos que las figuras léxicas, a diferencia de las gramaticales, no desempeñan ningún papel en el ordenamiento sintáctico del enunciado, ni se ven afectadas por esa estructura sintáctica. Pero además no creemos que se pueda hablar de una combinatoria léxica sintagmática. Todas las supuestas restricciones combinatorias están basadas en la supuesta anomalía lingüística de las expresiones que no se atienen a ellas. Pero, según vimos, no hay razones para entender que tales anomalías sean en realidad anomalías lingüísticas, sino que más bien se trata de expresiones con referencias a situaciones desacostumbradas o imposibles. El caso más dudoso es el de las anomalías motivadas por las llamadas restricciones clasemáticas, que, en nuestra opinión, es un caso reducible al anterior. No existe, según esto, más figuras léxicas que los semas y los archilexemas (o valores de campo) y no tienen estas figuras más dimensión que la paradigmática. Las secuencias lingüísticas se hacen asemánticas, pierden su contenido, sólo cuando son agramaticales. Todo tipo de vínculo sintagmático establecido entre signos es siempre de naturaleza gramatical.